



EL FASCISMO

Jorge Luis Acanda

El Fascismo

Autor: Jorge Luis Acanda

El texto corresponde al capítulo del libro *Traducir a Gramsci*,
editorial Ciencias Sociales. La Habana.

Maquetación actual: Demófilo, 2014.

Edición virtual de libre difusión:

Biblioteca Omegalfa.

Jorge Luis Acanda es Licenciado en Historia, especializado en Filosofía por la Universidad de La Habana (1978), Doctor en Ciencias Filosóficas en la Universidad de Leipzig, Alemania, (1988). Profesor Titular del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana. Profesor Principal de la disciplina "Historia del pensamiento marxista". Ha impartido conferencias en Cuba y en universidades de Europa y Latinoamérica.

Autor de varios libros y artículos. Se interesa por el marxismo y su historia, así como por temáticas de la historia de la Filosofía y la Filosofía contemporánea



Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2014

Ω

LA Primera Guerra Mundial terminó de una manera distinta a cualquier otro conflicto bélico anterior. Es cierto que hubo un bando ganador (la así llamada *Entente Cordiale*, formada por Inglaterra y Francia y al que se había unido los Estados Unidos) y otro perdedor (Alemania y el Imperio de Austria-Hungría). Pero los vencedores no lo fueron debido a una indiscutible superioridad militar, sino al estallido en Alemania de un movimiento revolucionario no por espontáneo menos masivo.

Esa revolución no sólo provocó la desintegración del ejército germano, sino también la desaparición del Estado monárquico en ese país. Sobrevino una situación de caos generalizado, de carencia de una autoridad firme. Los obreros ocuparon fábricas, declararon huelgas y se organizaron en forma incipiente para lanzarse a tomar posesión de las riendas del gobierno en las ciudades. La oleada revolucionaria no se detuvo en Alemania. Rápidamente alcanzó al vetusto imperio austro-húngaro, provocando no sólo la desaparición de la milenaria monarquía de los Habsburgo, sino incluso la de aquella formación estatal, que saltó hecha añicos, dando lugar al surgimiento de varias naciones nuevas.

En otros países explotó también el descontento de las masas populares, y las huelgas y sublevaciones se pusieron al orden del día. Aunque formalmente Italia figuraba del lado de los vencedores, la guerra había generado un aumento tal de la miseria y los sufrimientos del pueblo, que también allí estalló la revolución. Para 1919 toda la región central de Europa era abarcada por una oleada revolucionaria sin precedentes. Y todo ello sobre el telón de fondo de la existencia, desde noviembre de 1917, de un Estado dirigido por consejos de obreros y soldados en lo que había sido la Rusia zarista. La existencia de la URSS demostraba la posibilidad de que los trabajadores se sacudieran el yugo, tomaran el poder y comenzaran a construir un nuevo modelo de sociedad.

Siguiendo el ejemplo ruso, soviets obreros se organizaron en Baviera y en Hungría, y en el Norte de Italia. El partido comunista húngaro logró tomar el poder y constituir una república de corte soviético. Fue necesaria la intervención militar de varias naciones, encabezadas por Francia, para poder aplastar la revolución húngara en un baño de sangre y terror.

Pero el desafío al orden burgués continuaba. El quinquenio comprendido entre 1919 y 1923 presenció una profunda crisis del sistema capitalista. Crisis en todos los órdenes. Crisis económica total, caracterizada por una inflación galopante, desabastecimiento generalizado, desempleo en aumento, cierre de empresas, etc. Crisis política sin precedentes, ante la evaporación de formaciones estatales completas, la pérdida total de credibilidad de los partidos y los políticos tradicionales de la burguesía y el debilitamiento de los aparatos represivos. Y por sobre todo crisis espiritual e ideológica profunda. Las instituciones asentadas en los valores de la sociedad liberal tradicional y defensoras de esos valores (la familia, la iglesia, la patria, el ejército) no sólo habían demostrado su imposibilidad para salvar a las personas de los horrores de aquella guerra, sino que habían devenido activos instrumentos de su realización. Todas las autoridades y todos los valores fueron cuestionados en forma total y muchas veces violenta, ante todo por una juventud que había sentido en su propia carne la irracionalidad de la sociedad liberal.

Nunca antes la burguesía había experimentado un desafío global tan profundo a su poder. La agitación social se extendió por toda Europa, y el triunfo a escala continental de la revolución comunista pareció estar al doblar de la esquina.

Si los procesos objetivos generados por el cambio en el patrón de acumulación habían provocado la crisis irrecuperable del modelo liberal clásico ya antes de 1914, la oleada revolucionaria comenzada en Rusia en 1917 y prolongada en Europa central en 1919 obligaba necesariamente a la burguesía a encontrar nuevas formas para recomponer su dominación. La estabilización del orden burgués no podía significar la restauración de la vieja forma estatal, sino tenía que involucrar pre-

cisamente la renovación. El nuevo patrón de dominación y rearticulación de las relaciones político-estatales tenía que preservar el poder de la burguesía, pero a la vez tenía que contemplar las nuevas realidades y ampliar los márgenes de inclusión de ciertas demandas provenientes de los sectores explotados. La instauración del “Estado de masas” era una realidad irreversible. El pueblo se había lanzado a las calles, se había movilizado y ganado su derecho a existir y actuar en espacios que el viejo orden liberal le había vedado, y eso era ya incontestable.

A golpes, ante la amenaza cierta de la derrota, las cabezas más ilustres de la burguesía comprendieron que la clave de la permanencia en el poder radicaba en cooptar ese movimiento. No en destruirlo, sino en reconducirlo. Las viejas instituciones demoliberales eran ya incapaces de cumplir con su función de mediadoras de los conflictos, debido a que la ampliación de los derechos de ciudadanía, la activación política de las masas y su avanzado nivel de organización y movilización, habían cambiado la esencia e intensidad de esos conflictos. La irrupción del corporalismo y la aparición de partidos obreros y socialistas con representación en el parlamento, provocaron la obsolescencia de esta institución como espacio en el que la burguesía elaboraba su unidad política como clase. La burguesía tenía que buscar nuevas formas de articulación institucional, e instaurar un nuevo sistema político, con nuevos mecanismos para lograr una transacción tal que no pusiera en peligro el dominio del gran capital.

Las respuestas que estructuró la burguesía en este período fueron esencialmente dos. En los Estados Unidos, donde la crisis social y el desafío al poder del capitalismo no alcanzaron su punto culminante sino hasta el estallido del gran crack financiero de 1929, la solución que se ensayó a partir de 1933, con la llegada a la presidencia de F. D. Roosevelt y su programa del “New Deal”, fue la implantación del Estado “benefactor”, redistribuidor de la renta social, y de las fórmulas keynesianas en la economía. Un modelo que después del fin de la Segunda Guerra Mundial en 1945 se expandió a Europa, donde fue bautizado con el nombre de “Estado de bienestar” o “modelo socialdemócrata”. En Europa la solución que implementó la burguesía, ya

desde inicios de la década del 20, fue otra: el fascismo.¹

En este capítulo quiero detenerme en la significación que para la teoría y la praxis políticas tuvo el fascismo. Sobre todo porque el fascismo surgió en Italia, la patria de Antonio Gramsci, y se convirtió en el principal adversario del movimiento comunista italiano inicialmente, y rápidamente del movimiento comunista europeo y de la propia Unión Soviética. El fascismo logró derrotar a la revolución en Italia y tomar el poder en 1922. La fórmula fue copiada, con mayor o menor fidelidad, por la burguesía de otros países. El término “fascismo” dejó de designar a un movimiento político italiano, y se convirtió en un concepto que calificaba un modelo específico de organización no sólo estatal, sino incluso social. En pocos años gobiernos de corte fascista se instauraron en Austria, Portugal, Grecia, Japón y Alemania. En Francia, si bien los fascistas no llegaron al gobierno, tuvieron considerable fuerza y lograron atraer a amplios sectores de la población. El partido fascista francés, llamado “Cruz de Fuego” y rebautizado más tarde como “Partido Social Francés”, dirigido por François de La Rocque, fue el partido de más rápido y mayor crecimiento en ese país entre 1936 y 1938. En 1937 llegó a tener entre 700 mil y un millón 200 mil miembros (más grande que los partidos comunista y socialista franceses combinados) y para 1939 controlaba tres mil municipios y tenía 12 curules en el parlamento.

El fascismo constituyó un fenómeno que necesariamente preocupó y ocupó al movimiento comunista y por supuesto a Antonio Gramsci. Representa una de las claves a aprehender para poder traducir adecuadamente la propuesta teórica gramsciana. Por eso mismo es preciso captar la esencia de lo que significó en su realidad y sus proyecciones. No es algo fácil, porque se ha difundido una imagen muy superficial y caricaturesca del mismo. La responsabilidad del gobierno fascista alemán de Adolfo Hitler en el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, en el exterminio masivo del pueblo judío y en la realiza-

¹ Este movimiento adoptó su nombre de la alegoría romana de la autoridad estatal: un haz de varas en torno a un hacha (*fascio*).

ción de atrocidades genocidas en toda Europa, han conducido justificadamente a que el término “fascista” sea identificado con brutalidad, represión sangrienta y supresión de los derechos y libertades políticas que durante el viejo orden liberal las luchas populares habían convertido en patrimonio general. El adjetivo “fascista” ha sido utilizado indiscriminadamente en el discurso político y se le ha endilgado a cualquier grupo político con inclinaciones reaccionarias.

Pero el fascismo fue algo mucho más complejo que la implantación permanente del Estado de excepción y la utilización ilimitada de la represión física. El fascismo en Europa, en el período de entreguerras, constituyó un fenómeno de masas. Y esa realidad –después olvidada por muchos– constituyó uno de los temas más importantes de reflexión para Gramsci.

La evolución política de Italia en el cuatrienio 1919-1923 proporcionó razones para ello. En 1919 el triunfo de la revolución obrera parecía inminente. Las ocupaciones de fábricas por los trabajadores, las huelgas, la constitución de soviets en las ciudades, se sucedían unas a las otras. Ante las vacilaciones del sector más conservador del Partido Socialista Italiano, su ala izquierda (en la que figuraba Gramsci) se desgajó, y en enero de 1921 fundó el Partido Comunista de Italia. Para 1922 la situación había cambiado radical y dramáticamente. El 23 de marzo de 1919, en el momento más álgido de la crisis, en un acto convocado por Benito Mussolini en la plaza de San Sepolcro, en Milán (y al que asistieron sólo 119 personas) se fundaron los *fasci italiani di combattimento* (fascios italianos de combate). La membresía del movimiento fascista creció rápidamente. Inicialmente su composición fue muy heterogénea, conformada por hombres vinculados a asociaciones de ex-combatientes ("*arditi*"), al sindicalismo revolucionario y al futurismo, con la idea de formar una organización nacional que, al margen del ámbito constitucional, defendiese los valores e ideales nacionalistas de los combatientes. Utilizando un vocabulario insólito para la derecha y formas de actuación política nunca antes vistas, que incluían la formación de grupos paramilitares para combatir con extrema violencia las actividades revolucionarias (pero que no se limitaron a ello),

el fascismo logró rápidamente construirse una base de masas. En julio de 1920, había ya 108 fascios locales con un total de 30.000 afiliados; a fines de 1921, las cifras eran, respectivamente, 830 y 250.000. En 1927 se llegó a los 938.000 afiliados y en 1939 a 2.633.000. Inicialmente atrajo a la mayoría de sectores tales como la pequeña burguesía urbana, desempleados, lumpenproletariado y empleados del gobierno. Se trataba de grupos sociales explotados y excluidos por el sistema existente, pero que se incorporaron con fervor a una “revolución fascista” cuyo signo retrógrado y precapitalista era indudable. Pero también un sector de la clase obrera se sintió atraído por la propaganda fascista y le dio su concurso a este movimiento.²

La monarquía, el ejército y el gran capital italianos comprendieron desde un inicio el apoyo que representaba el fascismo y le prestaron todo su apoyo. Después de su ascenso al poder en 1922, el fascismo inauguró una dictadura de derecha con apoyo creciente de masas, algo nunca visto antes. La implantación de una dictadura reaccionaria con respaldo popular no fue la única característica novedosa del experimento fascista, que también inauguró elementos inéditos en otros muchos espacios de la vida social. Lo que muchos no comprendieron desde un inicio era que el fascismo constituía una respuesta que la burguesía en el poder avanzó para implementar su “revolución desde arriba” y estructurar una nueva armazón político-estatal que le permitiera encarar los desafíos que la obsolescencia del modelo liberal y la insurgencia revolucionaria le plantearon. Su efectividad hizo que la fórmula se repitiera, de una u otra forma, en otros países europeos. En 1933 el partido nazi de Adolfo Hitler tomó el poder e implantó un modelo fascista aún más refinado, perverso y eficaz que el italiano. El fascismo se había convertido en una pesadilla para la humanidad, pero los regímenes fascistas instaurados tenían tomadas tan firmemente las riendas del poder que hizo falta una conflagración mundial y el es-

² En 1927, cerca del 10 % de la membresía del partido de Mussolini pertenecía a la elite económica italiana (la cual representaba una porción mucho más pequeña de la población general), el 75% provenía de sectores de las clases medias y sólo 15% de la clase obrera. Pero la pregunta permanece: ¿cómo explicar la adhesión de ese 15%?

fuerzo coaligado de varias grandes potencias para derrocarlos. El fascismo no sólo había contribuido a evitar el triunfo de las revoluciones comunistas en Europa, sino que había logrado una reconstitución tal del poder de la burguesía que había acorralado a los partidos y sindicatos revolucionarios y había reducido drásticamente su capacidad de acción.

Lo novedoso del fascismo provocó que muchos se confundieran con respecto a su esencia. Contribuyó a ello la ambigüedad de su discurso. De las distintas tradiciones políticas fundamentales existentes, el fascismo es la única que surgió en el siglo XX. Pero al contrario de lo que pueda pensarse, el fascismo italiano carecía de una base teórica o filosófica precisa. No era una ideología definida, sino más bien un *collage* de diferentes ideas políticas y filosóficas. A mediados de 1919 Mussolini declaró que "*el fascismo no tiene ni estatutos ni reglas*", realizando la mejor síntesis sobre los principios ideológicos que lo guiaban. De hecho, el fascismo fue un movimiento político en el que las contradicciones y el oportunismo fueron más abundantes que el seguimiento de una línea ideológica preestablecida: contradicciones producidas por la superposición de las tendencias fusionadas en el origen del movimiento (ex-combatientes desmovilizados, nacionalistas, sindicalistas y disidentes socialistas, industriales temerosos de una revolución) y oportunismo ideológico para tomar en cada momento una justificación que legitimara la actuación requerida. El primer manifiesto-programa, aprobado en la reunión de constitución del 23 de marzo, reivindicaba el espíritu "revolucionario" del movimiento e incluía medidas políticas radicales (proclamación de la República, abolición del Senado, derecho de voto para las mujeres), propuestas sociales y económicas avanzadas (abolición de las distinciones sociales, mejoras de todas las formas de asistencia social, supresión de bancos y bolsas, confiscación de bienes eclesiásticos y de los beneficios de guerra, impuesto extraordinario sobre el capital) y afirmaciones de exaltación de Italia en el mundo. Era, ciertamente, un programa incoherente, vago y demagógico. El fascismo se presentó como una línea "nueva" y "revolucionaria", dirigida contra la decadencia moral del viejo orden liberal y a la lucha por la regeneración de las fuerzas

éticas del pueblo. Ello le atrajo la simpatías no sólo de sectores de la juventud, sino también de destacados escritores y poetas como Gabriel D'Annunzio, Filippo Marinetti, T.S. Eliot, Ezra Pound, Wyndham Lewis, William Butler Yeats, D.H. Lawrence y Paul de Man. Incluso el filósofo Benedetto Croce, la figura intelectual más destacada de la época en Italia, lo consideró en un inicio como una etapa transitoria necesaria para remontar los grandes males del país. El mismo Mussolini escribió en 1932 que su doctrina había sido "*la doctrina de la acción*": "*el fascismo –dijo– nació de una necesidad de acción y fue acción*". Carente, pues, de un verdadero cuerpo doctrinal, el fascismo se definió, en principio, por su negatividad. Fue, así, un movimiento anti-comunista y anti-liberal, anti-democrático y anti-parlamentario, autoritario, ultranacionalista y violento, que usó una retórica confusa y oportunamente revolucionaria, combinando hábilmente la exacerbación patriótica, el anticomunismo y el populismo sindicalista con un pretense sentimiento anti-capitalista.

Esta ambigüedad ideológica se manifestó en todas las organizaciones fascistas europeas. Su programa se componía de elementos heterogéneos, extraídos de las plataformas de partidos diferentes, desde la extrema derecha hasta la socialdemocracia. Sus elementos principales eran la exaltación del nacionalismo y el reforzamiento del poder del ejército y el Estado, el énfasis en la expansión territorial, el rechazo al sistema parlamentario y al liberalismo, el reconocimiento de la propiedad privada aunque con la denuncia a los abusos y errores del capitalismo y la superación de la lucha de clases mediante la exaltación de la solidaridad nacional y la formación de organizaciones de tipo corporativo.

Inicialmente muchos consideraron al fascismo sólo como un fenómeno pasajero, que desaparecería para dar paso a la reconstitución del viejo Estado liberal o barrido por la supuesta inminencia de la revolución proletaria. Los partidos y políticos burgueses tradicionales, y también la socialdemocracia,³ creyeron que después que los fascistas

³ Es preciso hacer una precisión histórica: los llamados “modelos socialdemócratas” o de “capitalismo de bienestar” fueron implementados en los

realizaran el “trabajo sucio” de ahogar en sangre a la revolución tendrían que ceder el poder y permitir el retorno del viejo régimen constitucional y parlamentario. Incluso al propio movimiento comunista le costó tiempo entender la esencia y complejidad del fascismo. La Internacional Comunista comenzó a ocuparse “oficialmente” del fascismo después de la llegada al poder de Mussolini en 1922. Su primera apreciación reflejó su subestimación, así como la incompreensión del carácter preciso y del papel histórico del fascismo. Umberto Terracini, líder comunista italiano, escribió en una revista de la Komintern que el fascismo no era más que una “*crisis ministerial*” pasajera. Amadeo Bordiga, también figura importante del Partido Comunista italiano, en su ponencia presentada al V Congreso de la Komintern, en 1924, afirmaba que en Italia no había ocurrido otra cosa sino “*un cambio del personal gubernamental de la burguesía*”. Todavía en 1933, tras once años de gobierno fascista en Italia, e inmediatamente después de la llegada de Hitler al poder en Alemania, el Presidium del Comité Ejecutivo de la Komintern decía:

“La Alemania de Hitler corre a una catástrofe económica que cada vez se dibuja de manera más inevitable... La calma momentánea después de la victoria del fascismo no es más que un fenómeno pasajero. La marea revolucionaria subirá ineluctablemente en Alemania a pesar del terror fascista”.

Hubo voces aisladas, dentro del movimiento comunista, que advirtieron sobre lo errado de esta visión simplista y sus consecuencias catastróficas. Merece destacarse la figura de Clara Zetkin. El 23 de junio de 1923 ella hizo la siguiente advertencia:

“El error... ha consistido principalmente en el hecho de considerar al fascismo solamente como un movimiento militar-terrorista, no como un movimiento de masa presentando ba-

fundamental, y primero, en Europa, por partidos políticos conservadores, no socialdemócratas. Con excepción de Suecia, cuando los socialdemócratas llegaron al poder, ya estos modelos en lo fundamental existían y funcionaban.

ses sociales profundas. Debe ponerse explícitamente el acento sobre el hecho de que, antes de que el fascismo gane militarmente, ha alcanzado ya la victoria ideológica y política sobre la clase obrera”.

Y también la del propio Gramsci, quien en 1926, poco antes de su encarcelamiento, en las tesis que redactó para ser sometidas a discusión en el próximo congreso del PCI a celebrarse en Lyon, Francia, señaló la necesidad de lograr una amplia alianza con los sectores menos reaccionarios de la burguesía para poder enfrentar la dictadura fascista. Pero en líneas generales esas advertencias sobre la necesidad de estudiar la novedad cualitativa del fascismo fueron rechazadas por la dirección de la Internacional Comunista. Uno de sus principales ideólogos, Manuilsky, afirmó tajantemente que

“entre el fascismo y la democracia burguesa no existe más que una diferencia de grado... el fascismo no es un nuevo método de gobierno”, para más adelante establecer lapidariamente que “la misión de los comunistas no es, pues, en modo alguno, buscar con unos lentes extraños una pseudoteoría que les haga encontrar cualesquiera diferencias entre la democracia y el fascismo”.

La definición clásica que asumió el movimiento comunista internacional con respecto al fascismo la proporcionó Georgui Dimitrov en el VII Congreso de la Komintern en 1935, y fue después repetida durante decenios:

“El fascismo es la dictadura abierta y terrorista de los elementos más reaccionarios, más chovinistas, más imperialistas del capital financiero”.

Debe reconocerse que esta definición capta adecuadamente la relación objetiva del fascismo con los procesos económicos en desarrollo del modo de producción capitalista. Como ha señalado acertadamente Nicos Poulantzas, no se puede entender al fascismo si no se establece su relación orgánica con la fase imperialista del capitalismo. Pero precisamente por limitarse a una caracterización económica, soslaya

muchos aspectos sociológicos y psicológicos. Sólo teniendo en cuenta estos aspectos es que puede explicarse por qué la mayoría de los sectores medios favorecieron al fascismo y un importante sector de la propia clase obrera apoyó al Estado fascista.

El Estado fascista no fue un simple episodio pasajero, ni simple reacción represiva ante el auge del movimiento obrero. Significó un patrón de reestructuración de dominación de la burguesía. Como ya apunté anteriormente, incorporó elementos en su discurso y en su praxis política inéditos hasta entonces. Uno de esos elementos fue la estetización de la política. La actividad política fue convertida en un espectáculo para consumo de las masas, en el que cada detalle era cuidadosamente pensado para causar una impresión en el auditorio. Hasta entonces la política había sido una actividad ejercida por pequeñas elites que, reunidas en confortables y privados salones, alcanzaban acuerdos y establecían componendas sobre temas decisivos. La política había sido un ejercicio permanentemente sustraído al escrutinio público. El fascismo rompió con eso. Grandes paradas, actos públicos, concentraciones masivas, utilización de vistosos uniformes, banderas y pendones, desfile de antorchas, la política salía ahora a las plazas y avenidas, y convocaba “al pueblo” en abstracto a manifestarse a favor o en contra de determinadas medidas o circunstancias. Anteriormente sólo las organizaciones políticas revolucionarias habían utilizado la calle, el espacio público, como campo de actuación. “Lanzar las masas a la calle” era una estrategia que había correspondido en exclusiva a los revolucionarios. Los fascistas captaron la importancia de esto y lo aplicaron, pero con mayor fausto y boato, justamente porque contaban con el apoyo financiero de los grandes banqueros e industriales, y con la protección –casi siempre desembozada– del ejército y la policía.

La estetización y espectacularización de la política tuvo como agregado necesario la exaltación de la figura del líder carismático. En el viejo Estado liberal, y en tanto la política había sido concebida como una actividad reservada a camarillas, los líderes políticos no necesitaban tener una proyección pública ni una personalidad exuberante y atractiva.

El fascismo colocó en un primer plano la importancia del líder y colocó su relación afectiva y sensorial con las masas populares como una pieza fundamental en la consecución del éxito. Dígase *Duce* en italiano o *Führer* en alemán, el fascismo abrió paso a la aparición de un nuevo tipo de dirigente que basaba su éxito no sólo en sus dotes intelectuales, sino además en su “poder de llamada”, en la atracción que generaba en su auditorio, en su capacidad histriónica. Con sus ademanes ampulosos, sus uniformes militares, sus gritos y gesticulaciones cuasi-históricas, midiendo con toda meticulosidad el efecto de sus palabras e incluso de sus silencios, las apariciones y discursos públicos de Mussolini e Hitler constituían verdaderas puestas en escena en las que ejercían su dominio de la psicología de las masas. Llegaban a establecer una relación casi personal con cada miembro de su auditorio, en la que la relación entre el líder y la masa era manejada de tal manera que provocaba estados casi catárticos en la muchedumbre, lo que permitía su manipulación.

Todo se engranaba de modo tal que la figura del líder adquiría características casi mágicas. No era sólo la idea de la infalibilidad del caudillo, sino la total identificación que lograba producirse en la mente de cada persona entre el eximio dirigente y el movimiento, primero, y después entre el dirigente y el pueblo y la nación. El líder lo era todo y liberaba a cada uno de sus súbditos de la penosa necesidad de tener que pensar, alzándose ante cada individuo con la imagen del padre bueno, preocupado sinceramente en velar por el bien de todos y cada uno. En Italia se difundieron dos lemas que manifestaban este culto a la personalidad de Mussolini: *Il Duce ha sempre ragione* (“El Duce siempre tiene la razón”) y *Credere, obbedire, combattere* (“creer, obedecer, combatir”).

La mitologización del líder, la importancia primordial que adquirió el carisma, la identificación del caudillo con los destinos de la nación, iban acompañados de un discurso no sólo cargado de promesas demagógicas, sino que hacía constante invocación a los sentimientos, temores y afectos del individuo. Tradicionalmente, tanto el discurso político de la derecha como el de la izquierda se habían apoyado en lo ra-

cional. Se remitía a la capacidad pensante del destinatario (sea el propietario burgués, en un caso, o el trabajador explotado, en el otro) y se le ofrecían argumentos y razones para conducir su actuación política.

Hasta entonces el discurso político, revolucionario o conservador, se basaba en una antropología esencialmente racionalista. El punto de partida lo constituía la idea de que el ser humano era esencialmente un ser pensante (el famoso “*pienso luego existo*” cartesiano) capaz de sopesar racionalmente las distintas variables existentes, representarse adecuadamente sus necesidades y sus objetivos, y emprender la línea de actuación más conveniente para él.

El fascismo basó su estrategia política en una concepción sobre el ser humano que ha sido catalogada por muchos como “irracionalista”: la comprensión de la importancia que tienen las emociones, las fobias, los fantasmas existentes en el inconsciente colectivo, las necesidades afectivas socialmente reprimidas, en el condicionamiento de la actividad humana. Y hacia esas zonas de la personalidad dirigieron su propaganda. Mientras la propaganda del movimiento comunista se basaba en reflexiones y razonamientos, la propaganda fascista fijó su blanco en las zonas más oscuras de la subjetividad, en la afectividad, en lo anímico.

Esto le dio una ventaja al discurso fascista, como lo explicó posteriormente Wilhelm Reich:

“Mientras nos presentábamos ante las masas con soberbios análisis históricos y tratados económicos sobre las contradicciones del imperialismo, Hitler sacudía las raíces profundas del ser emocional popular. Como lo hubiera dicho Marx: abandonamos la praxis del factor subjetivo a los idealistas; actuamos como materialistas mecanicistas economicistas”.

Esa tendencia a lo “irracional” se expresó en uno de los rasgos más sobresalientes de la ideología y el discurso fascistas: su rechazo a la cultura, su desprecio a la inteligencia de las personas, y su odio hacia los sectores intelectuales. El ministro nazi de información, Goebbels, acuñó la famosa frase que afirma que una mentira repetida muchas

veces se convierte en una verdad, manifestando con eso su desestimación de la capacidad pensante del individuo. Conocidas son también la frase de Göring, cercano colaborador de Hitler, quien dijo que “cuando oía hablar de cultura se llevaba la mano a la funda de su pistola”, y la famosa expresión del militarote fascista español Millán Astray cuando se abalanzó, arma en mano, sobre Unamuno en los predios de la Universidad de Salamanca vociferando “*¡viva la muerte y muera la inteligencia!*”.

El fascismo condenó el acervo cultural existente como expresión de la “decadencia moral” y lanzó un llamado a construir una cultura nueva, basada en los principios de la obediencia, la violencia y la subordinación del individuo a los dictados del Estado. Consideró a la razón como elemento que había pervertido el pensamiento y la unidad del pueblo. El desdén por el pensamiento teórico llevó a Mussolini a afirmar que “*el fascismo es acción más que teoría*”, y a Giovanni Gentile (uno de los principales intelectuales fascistas) a decir que “*el fascismo prefiere no perder tiempo construyendo teorías abstractas sobre él mismo*”.

Uno de los objetivos del fascismo fue el de utilizar y manipular la insatisfacción de amplios sectores de la población con las consecuencias del desarrollo de los procesos de racionalización capitalista. Para ello estructuró un discurso demagógicamente sazonado con consignas anti-capitalistas y de supuesta protección a los trabajadores. El fascismo puede ser considerado como un movimiento radicalmente anti-moderno, que intentó canalizar las dislocaciones y ansiedades producidas por el capitalismo. Pero no abogó por el retorno a formas anteriores de organización social, de corte feudal y rural. A diferencia de las corrientes romántico-conservadoras existentes desde la segunda mitad del Siglo XVIII, que rechazaban a la sociedad capitalista en su totalidad, proponiendo un imposible regreso al pasado, el fascismo postuló la reincorporación de elementos de la antigua vida en comunidad pero dentro de un sistema social industrial. Un rasgo importante del fascismo lo fue el hecho de que mientras por una parte criticaba a la modernidad, por la otra fue capaz de acomodarse exitosamente con

los desarrollos institucionales y técnicos del capitalismo: alabó la tecnología y la industria, e idolatró al Estado, presentándolo como el único agente de la actividad histórica.

El fascismo rechazó el modelo político liberal y destacó la incapacidad del sistema representativo parlamentario para expresar las demandas del pueblo, enfatizando en la decadencia moral existente en la sociedad europea de pre-guerra. Su discurso de regeneración moral explica en buena medida la atracción que pudo ejercer sobre ciertos sectores intelectuales. Pero su llamado ético iba dirigido a resucitar la vieja moral estamental de la aristocracia feudal, y se apoyaba en tres pilares fundamentales: la apología del orden, la subordinación del individuo al colectivo y la construcción de un sentimiento de comunidad altamente excluyente y basado en el fundamentalismo étnico.

La anarquía, el desasosiego, la inseguridad, caracterizaron el panorama europeo de entre-guerras. Intentando capitalizar el deseo, inherente a todo individuo, de alcanzar la estabilidad y el orden, los fascistas convirtieron esa demanda en una coartada para justificar y legitimar el recurso a la violencia extrema. El énfasis en el orden iba acompañado de una fuerte tendencia a reforzar las barreras que separaban a la comunidad nacional o racial de otros grupos humanos. La exclusión, en vez de la inclusión, se convirtió en la norma, y se fijaron criterios raciales y culturales encaminados a destruir a aquellos grupos que supuestamente ponían en peligro el orden y la unidad nacional: los comunistas, los gitanos, los intelectuales, los homosexuales, etc.

Los símbolos que representaban el mantenimiento del orden y el encuadramiento y sometimiento del individuo al colectivo fueron profusamente utilizados en el imaginario fascista. Sobre todo el recurso al factor militar. Tanto en el Estado fascista italiano como en el alemán la utilización de uniformes, juramentos y abanderamientos se extendió a muchos sectores de la vida civil. El vocabulario militar se convirtió en un paradigma, llegando a extremos tragicómicos. Así, Mussolini convocó en distintos momentos de su dictadura a la “Batalla por el trigo”, la “Batalla contra los ratones, las moscas y los gorriones”, e incluso llamó a librar una “Batalla por el talento” en el mundo teatral.

El fascismo rechazó el individualismo abstracto de la sociedad liberal, pero sólo como justificación para la eliminación de las libertades individuales ya establecidas. Su proyecto chovinista y étnicamente fundamentalista de regeneración moral se basaba en la total subordinación del individuo a la comunidad. Para deslegitimar la lucha de clases construyó un concepto de nación en el que la unidad aplastaba las diferencias. En última instancia, el deber del individuo consistía en adaptarse a las necesidades del grupo y sacrificarse por el bien de la colectividad. En un texto programático del nazismo alemán, podemos leer lo siguiente:

“Las actividades del individuo no pueden chocar con los intereses del grupo, y deben realizarse dentro del marco de la comunidad y por el bien general”.

Por su parte, Mussolini había hecho la siguiente afirmación:

“El individuo existe sólo en tanto se ha subordinado a los intereses del Estado, y en tanto la civilización se complejiza cada vez más, así la libertad del individuo tiene que ser cada vez más restringida”.

La defensa a ultranza de esa comunidad (el pueblo o la nación) era lo que justificaba el absoluto papel protagónico que el fascismo le concedía al Estado. Mussolini lo expresó claramente: *“dentro del Estado todo, contra el Estado nada”*. Una frase que tendría resonancias insospechadas en otros contextos. La estatolatría constituyó una característica importante del fascismo. El Estado se convirtió en la única institución calificada para determinar los objetivos a seguir, movilizar las energías sociales, establecer la jerarquía de intereses y necesidades, mediar entre las diferentes clases y grupos sociales y repartir premios y castigos.

El Estado abarcó a toda la sociedad. Mussolini sentenció que

“...para el fascista, todo está en el Estado y nada humano ni espiritual existe y a fortiori nada tiene valor fuera del Estado. En este sentido, el fascismo es totalitario, y el Estado fascista, síntesis y unidad de todo valor, interpreta y desarrolla y do-

mina toda la vida del pueblo”.

Todo debía existir en el Estado y sólo en el Estado.

“Ni individuos, ni grupos (partidos políticos, asociaciones, sindicatos, calses) fuera del Estado”.

Por esta razón todos los intereses deben reconciliarse en la unidad del Estado:

“En el régimen fascista la unidad de todas las clases, la unidad política, social y moral del pueblo italiano se realiza en el Estado, y solamente en el Estado fascista”.

Es evidente entonces que la doctrina fascista fuera hostil al sindicalismo revolucionario y al socialismo que *“paraliza el movimiento histórico en la lucha de las clases e ignora la unidad del Estado que funde las clases en una sola realidad económica y moral”.*

El estatalismo totalitario del fascismo se opone a todo tipo de ideal democrático:

“El fascismo niega que el número, por el sólo hecho de ser número, pueda dirigir a la sociedad humana; niega que ese número pueda gobernar por medio de una consulta periódica; afirma la desigualdad irremediable, fecunda y benéfica de los hombres, que no pueden volverse iguales por un hecho mecánico y extrínseco, tal como el sufragio universal”.

Esta concepción del “Estado total” (frase utilizada por Mussolini) no era más que la expresión ideológica del papel medular que el Estado estaba ya desempeñando desde la etapa anterior en el aseguramiento de las condiciones de reproducción del capital financiero, y que ahora se iba a fortalecer. Como explicó Nicos Poulantzas, el Estado fascista expresaba los intereses del gran capital, pero estableció una relativa autonomía con respecto a este, lo que le permitió suavizar la agudización de las contradicciones entre capital y trabajo, gestionar la crisis política y social para evitar la revolución, e impedir fracturas al interior de la clase burguesa por una imposición demasiado extrema de los intereses de un sector de esa clase sobre los de otros.

Refiriéndose a la política económica (sobre todo) del régimen fascista alemán, Poulantzas destacó que este, para neutralizar las contradicciones entre el gran capital y el capital medio, ejerció una intervención masiva para ejercer

“una especie de control sobre este proceso del predominio del capitalismo monopolista; incluso intervino a veces para ‘frenar’ una absorción demasiado brutal y ‘salvaje’ del capital medio por el grande”.

Y agregó a continuación:

“Esto no tiene, por lo demás, nada de asombroso si se recuerda que por entonces Roosevelt llevaba igualmente en los Estados Unidos, en un contexto completamente distinto, una política económica masiva a favor de los grandes monopolios, mientras hacía numerosas concesiones al capital medio”.

En este sentido, el modelo fascista no se diferenciaba, en sus funciones esenciales, del más democrático Estado rooseveltiano del “New Deal”. El Estado fascista ejerció una intervención masiva en la economía, en la reglamentación de las relaciones laborales, etc., con el fin de neutralizar los conflictos existentes. No prohibió los sindicatos, sino que los organizó y colocó bajo su égida, concediéndoles un espacio y otorgándoles una capacidad de representación de los intereses de los trabajadores, pero fijando el límite insuperable de los mismos en las necesidades del capital financiero. Las medidas de estimulación a la gran industria, los encargos que se le hacían a ésta provenientes de la política de rearme intensivo, la realización de faraónicos planes de obras públicas, reactivaron a la economía, provocaron la disminución del desempleo y posibilitaron crear entre los obreros la ilusión de bienestar mientras, simultáneamente, se elevaba en forma salvaje el nivel de explotación de la fuerza de trabajo.

La retórica anticapitalista del fascismo antes de su asunción al poder no impidió la implementación de un programa económico que favoreció los intereses de los sectores más ricos de la sociedad, en detrimento de las capas medias y los sectores obreros. Hasta que su la situación

internacional lo obligó a constituir una economía de guerra en la segunda mitad de los años '30, Mussolini le permitió a los grandes industriales manejar sus empresas con un mínimo de intervención estatal. Redujo los impuestos a los negocios, permitió el crecimiento de los cárteles monopólicos, decretó la reducción de los salarios y derogó la ley de la jornada laboral de ocho horas.

Entre 1928 y 1932 los salarios reales se redujeron en Italia casi a la mitad. Pero el papel interventor del Estado fascista logró manejar esta situación para evitar la agudización de los conflictos sociales. La organización corporativa de la sociedad fue un factor importante en esto. El corporatismo condujo a organizar cada uno de los sectores principales de la industria, la agricultura, las profesiones y las artes dentro de instituciones o “corporaciones” controladas (o al menos manejadas) por el Estado, cada una de las cuales debía negociar en una asamblea de corporaciones o “parlamento corporativo”, los contratos de trabajo y las condiciones laborales bajo el concepto de defensa del “interés general”.

Las instituciones corporativas reemplazaron a las organizaciones independientes de trabajadores, y el parlamento corporativo reemplazó las formas tradicionales de poder representativo y legislativo. Según el discurso fascista, el modelo corporativo representaba una “tercera vía” entre el capitalismo y el comunismo, que permitiría la cooperación armoniosa entre los empleadores y los empleados por el bien de la nación. Pero en la práctica, el corporatismo fascista fue utilizado para destruir el movimiento sindical y para suprimir la disidencia política.

En 1934 fueron creadas 22 corporaciones, en las que estaban representados los empresarios y trabajadores del país. Todas las corporaciones contaban con miembros del partido fascista en sus consejos de administración, y Mussolini era el presidente de todas ellas. Los distintos consejos formaron el Consejo Nacional de Corporaciones. Posteriormente, Mussolini anunció que la Cámara de Diputados debía transferir sus funciones al Consejo Nacional de Corporaciones, hecho que ocurrió en 1939, año en que la Cámara de Diputados cedió su lugar a la Cámara de Fascios y Corporaciones, formada por 800 miembros nom-

brados por el Consejo Nacional de Corporaciones.

Las corporaciones de los distintos sectores industriales se encargaban de regular los precios y salarios y planificar la política económica, entre otras funciones.

El corporatismo, la relativa autonomía del Estado fascista con respecto a los intereses del gran capital y su papel protagónico en la organización de la economía, le permitieron al fascismo propiciar el aumento de la tasa de ganancia del gran capital financiero e industrial, a la vez que tomaba ciertas medidas para paliar los efectos del desarrollo del capitalismo entre las clases trabajadoras, con lo cual obtuvo el “consentimiento pasivo” de esos sectores.

El ejemplo del fascismo italiano es elocuente al respecto. A raíz de la aprobación de la Ley de Relaciones Laborales de 3 de abril de 1926, de la creación del Ministerio de las Corporaciones (2 de julio de 1926) y de la publicación de la Carta del Trabajo, el fascismo fue configurándose como un "Estado corporativo" en virtud del cual los intereses privados, organizados en confederaciones patronales y obreras, quedaban integrados unitariamente bajo la dirección del Estado. Corporativismo y acción social del Estado fueron, así, las alternativas del fascismo al capitalismo liberal y al socialismo obrero. En la práctica, ello supuso, en primer lugar, un alto grado de dirigismo estatal en materia laboral. El Consejo Nacional de las Corporaciones, organismo consultivo creado también en 1926 bajo control del ministro del ramo, coordinaba las actividades de los distintos sectores económicos y regulaba las relaciones laborales, elaborando directamente los convenios colectivos o arbitrando, mediante decretos obligatorios, los conflictos.

La acción social del Estado se concretó ante todo en la *Opera Nazionale Dopolavoro* (Obra Nacional de Descanso), creada el 1 de mayo de 1925 bajo la tutela del Ministerio de Economía y luego (1927), de la secretaría del Partido Nacional Fascista. El *Dopolavoro* consistió básicamente en la organización de actividades recreativas para los trabajadores: casas de recreo, viajes, vacaciones, piscinas, instalaciones deportivas, centros de cultura, salas de cine. Fue un éxito innega-

ble. Ofreció a millones de obreros, campesinos y empleados modestos – en torno a los 4,600.000 inscritos en 1940 – una amplia variedad de posibilidades de recreo y esparcimiento, tal vez sin equivalente en la Europa de su tiempo.

Con todo, fue en el ámbito económico donde el dirigismo estatal fascista se hizo más evidente. En 1925, el régimen lanzó, con el respaldo de toda su formidable maquinaria propagandística, su primera batalla, "la Batalla del trigo", para disminuir o eliminar la dependencia de las exportaciones de este producto. El gobierno impuso, así, una fortísima elevación arancelaria para los trigos extranjeros y favoreció por distintos métodos el cultivo nacional, por ejemplo, subsidiando los precios de la nueva tecnología agraria. El resultado fue notable. Las importaciones cayeron drásticamente y la producción de trigo italiano aumentó de la media de 5,39 millones de toneladas anuales de los años 1921-25 a una media de 7,27 millones de toneladas anuales para los años 1931-35.

El éxito tuvo graves contrapartidas, pues se hizo a costa del abandono de pastos –que arruinó a la ganadería vacuna y a la industria láctea– y de cultivos de exportación esenciales a la economía italiana como el viñedo, los cítricos y el olivo. Pero ello quedó oculto por la propaganda oficial. Otras “batallas” se sucedieron en el campo económico y financiero. En 1927 se convocó a la “Batalla de la lira”, que logró la reevaluación de la moneda italiana, estableciendo una paridad de 90 liras por una libra esterlina, en vez de la relación 1:150 anterior. El Estado procedió paralelamente a elevar los tipos de interés, a reducir la circulación monetaria y los costes salariales (los salarios fueron reducidos en un 20 por 100 en 1927), medida ésta compensada por la reducción de la jornada laboral y por la concesión de distintas formas de beneficios sociales para las clases modestas como subsidios a familias numerosas, vacaciones pagadas, paga extraordinaria de Navidad y mejoras en los seguros de enfermedad y accidentes (además del *Dopolavoro*).

La "Batalla de la lira" produjo una gran estabilidad de precios y hasta una disminución del coste de la vida, estimada en un 16 % entre 1927

y 1932. Lógicamente, perjudicó al comercio exterior, pero con todo, el Producto Interior Bruto creció notablemente, y determinados sectores –construcción, electricidad, química, metalurgia– registraron altas tasas de crecimiento. Las medidas de 1927 lograron que los efectos de la gran crisis internacional de 1929 afectaran a Italia de forma menos dramática que a otros países. Es cierto que algunos sectores sufrieron, como el agrícola y el manufacturero. El empleo industrial, por ejemplo, disminuyó en un 7,8 % anual entre 1929 y 1932 (si bien se recuperó notablemente desde ese año). Pero otros sectores, como la construcción, la industria eléctrica, los transportes y el comercio, continuaron prosperando.

La balanza de pagos italiana se cerró con superávit en 1931 y 1932. El diseño económico fascista se completó con grandes inversiones públicas en obras de infraestructura y con la creación de un gran sector público tras la constitución en 1933 del IRI (Instituto para la Reconstrucción Italiana), que hizo del Estado en muy pocos años el principal inversor industrial. Las inversiones se concentraron en la construcción de represas –elemento sustancial para la electrificación del país y para la renovación de la agricultura– y en el trazado de autovías. Milán y Turín, Florencia y el mar, Roma y la costa, quedaron unidos por grandes autopistas, únicas en Europa. El fascismo electrificó la red ferroviaria prácticamente en su totalidad. La producción italiana de energía eléctrica, dominada por la empresa Edison, pasó de 4,54 millones de kilovatios-hora en 1924 a 15,5 millones en 1939 (cinco veces más, por ejemplo, que la de España). La producción de acero, a favor de las grandes obras del Estado y del proteccionismo arancelario, subió de 1 millón de toneladas en 1923 a 2,2 millones en 1939. El régimen fascista hizo del IRI la pieza fundamental del Estado corporativo y lo presentó como uno de los grandes logros de la dictadura. Lo que el IRI hizo fue nacionalizar, mediante la compra de acciones, muchas de las grandes empresas industriales y proceder luego, merced a la intervención del Estado, a modernizarlas y hacerlas eficaces y competitivas.

En 1939, el IRI controlaba tres de las grandes siderurgias del país (entre ellas, los altos hornos de Terni) algunos de los mejores astille-

ros, la empresa telefónica, la distribución de la gasolina (para lo que se creó la AGIP, Agencia Italiana de Petróleos, con grandes refinerías en Bari y Livorno), las principales empresas de electricidad, las más importantes líneas marítimas – cuya flota se renovó con barcos de gran lujo como el Rex – y las incipientes líneas aéreas. El Estado controlaba así los centros neurálgicos de la economía nacional. Italia parecía a punto de conseguir un altísimo grado de independencia económica, uno de los viejos sueños del nacionalismo italiano que el fascismo veía, además, como condición esencial para la realización de la política internacional imperial y de prestigio que ambicionaba para su país (y a lo que se encaminaba la política de construcción de armamentos y material de guerra impulsada por el gobierno).

Las realizaciones económicas y sociales del fascismo no fueron, por tanto, en absoluto desdeñables. Ciertamente, ello se hizo a costa de un gigantesco gasto público y de enormes déficits. El proteccionismo favoreció los monopolios de las grandes empresas tradicionales (Fiat, Pirelli, etcétera) y la supervivencia de empresas pequeñas, poco competitivas y de producción de ínfima calidad. El fascismo poco o nada hizo respecto al gran problema económico italiano, el atraso secular del Sur. La política del trigo benefició principalmente a los grandes latifundistas. La población rural siguió sin otra alternativa a la pobreza que la emigración: unas 500.000 personas emigraron durante los años 1922-1940 hacia Milán, Turín, Génova y Roma (que dobló su población entre 1921 y 1941); otras 650.000 lo hicieron a Francia, y millón y medio a Estados Unidos, Argentina, Brasil, África, Australia y otros países.

Pero así y todo, se habían hecho grandes obras de infraestructura. La Italia urbana se había electrificado. El país tenía a su disposición un gran sector público, por lo general eficiente. El PIB registró un crecimiento sostenido anual de un 1,2 por 100 entre 1922 y 1939 -crecimiento muy superior al de la población- y la producción industrial había crecido en el mismo tiempo al 3,9 por 100 anual. Todo ello, más la política asistencial del fascismo, la estabilidad de los precios, la seguridad pública impuesta por la policía- que incluso logró grandes

éxitos contra la Mafia siciliana-, explicaría el alto grado de consenso nacional que consiguieron la dictadura y Mussolini.

En resumen, el fascismo operó una “revolución de derecha”, mediante la acentuación del papel del Estado y la inclusión de los sectores populares en la reproducción de las relaciones de explotación. Todo ello representaba un indudable desafío teórico que el pensamiento marxista tenía que encarar. ■